

CARTAS CREDENCIALES

ALEJANDRO ROSSI



Es asombroso estar aquí. No exagero si digo que jamás lo había previsto. Claro, los regalos de la vida no se planean, si acaso el propio trabajo y aún allí hay tantas sorpresas que más vale abandonar la idea de que somos los dueños de nuestro destino. Quién nos rige es una pregunta que alegremente se la dejo a los teólogos, esos grandes imaginativos que nos han regalado maravillosas ficciones. Si soy franco, debo admitir que prefiero ver la vida como una trama de imprevistos, de casualidades, de descubrimientos inesperados, de caminos laterales que, de pronto, se vuelven centrales. Prefiero que, inesperadamente, un viento rápido borre las turbias nubes del amanecer. La realidad está, así, más cargada de esperanzas y —según me parece— también es más divertida. Tal vez para los dioses la vida sea un límpido teorema que emana de los axiomas. Celebro, sin embargo, que entre los hombres las cosas discurran de otro modo, celebro la ceguera que nos permite ignorar la imprevista noticia, celebro la agnosia que me abre paso hacia un posible hallazgo, celebro encontrarme, sin el menor presagio, frente a un rostro insuperable. A lo mejor son admirables, pero me aburren un poco los personajes que aseguran, con un cabeceo de péndulo, saber lo que harán mañana y todos los días siguientes. Me doy cuenta, claro está, que el temple que invoco suscita angustia y una cierta actitud que, en su extremo, puede ser bobamente milagrera. Pero también es verdad que en ella hay un realismo humilde ante las empresas del hombre, hijo del miedo y de la precariedad. No afirmo nada excepcional, sólo recuerdo que la amplitud de los contextos y la temporalidad alteran los propósitos originales. Cambia la lectura y el sentido de una obra o de una página. Aquello que creíamos esencial se convierte en agua estancada y lo que juzgábamos como un ejercicio ligero se transforma en el máximo logro. O apostamos a la racionalidad sin mácula y ésta lentamente se disuelve en una pesadilla salvaje. Apoyamos el bien y luego, con espanto, descubrimos que

tenemos las manos llenas de ceniza. Quizá lo humano sea una mezcla de racionalidad escéptica que nos defiende de los sueños olímpicos, una honda conciencia de que cometemos errores y, a la vez, la valentía de pensar e imaginar ardientemente. Arriesgar y rectificar, la fórmula de oro, simple y difícilísima.

Sí, es asombroso estar aquí. Lo acepto con una dosis de misterio y, sobre todo, con un agradecimiento profundo. Créanmelo, es un honor estar en El Colegio Nacional, formar parte de esta corporación ilustre, sin duda la concentración de talento más intensa de México. Estar a la altura no es una expresión retórica, es la manifestación —créanmelo igualmente— de un anhelo y de un temor. Quisiera explicarme. Ocurre, por lo pronto, que yo no soy un especialista en nada. No soy un científico, ni tampoco el deslumbrante erudito en algún autor o período y no puedo declararme poeta o novelista. Ni siquiera puedo refugiarme en esa zona de bordes indefinidos que es el ensayo. He redactado unos cuantos, es verdad, y sin embargo, me sentiría incómodo en esa clasificación. Menos aún me veo como el mensajero ocasional de una divinidad o como el profeta, de voz gruesa y airada, que hace temblar a la comunidad dos o tres veces al año. ¿En qué terreno me he movido, entonces? ¿O debo declarar mi inexistencia? Todavía no, hay una respuesta: he estado en la filosofía y en la literatura. Pero ¿qué significa esta afirmación? ¿Que por la mañana soy filósofo y por la tarde escritor? ¿O que he tratado de hacer una filosofía literaria o —al revés— una literatura filosófica? ¿Cómo se han presentado estas dos actividades? Es esa, precisamente, la historia que deseo contarles y darles de paso una oportunidad a los honorables miembros del Colegio Nacional de retirarme la admisión si no satisfago los requisitos. Ya juzgarán si es un caso de inadmisibles ambigüedad o si ha sido una relación decorosa.

Las historias, así me han informado los profesionales, conviene que se inicien en un ámbito reducido y claramente definido. Luego, llegará el momento de las generalizaciones floridas y, a lo mejor, el del vuelo libre, el instante ebrio en que el vagón se precipita por el riel de la montaña rusa. Los invito, pues, a que me acompa-

* Discurso de ingreso a El Colegio Nacional, el 22 de febrero pasado. Publicamos a continuación de estas páginas las palabras de bienvenida de Ramón Xirau.

ñen a una casa de Caracas en el año 1943. Es esa hora crucial en que los niños están dispuestos a oír cualquier disparate con tal de no estar solos. Unos meses antes había llegado de Europa en un viaje que resultó, sin haberse propuesto, decisivo. Un niño, digámoslo rápido, obligado a reorganizar su mundo, a estar muy atento, entre tanta novedad, a los cruces lingüísticos, a las entonaciones, a las palabras extrañas, a una oralidad a la vez familiar y ajena. Está sentado en una mecedora demasiado grande y debe tener cuidado de no irse hacia atrás. Es la suya una posición de equilibrio, como la de quien está parado en una barca. Frente a él, en una silla de respaldo recto, una sonriente negra venezolana con un pañuelo en la cabeza y un libro en la mano. Y lo lee con gran soltura, con una voz baja y vagamente hipnótica y quizá porque es vieja y le faltan dientes se enreda un poco con los nombres propios, pero ese tono lejano le queda bien al texto. Se trata, ni más ni menos, de *Las mil y una noches*. Me parece que ella se divertía y que le agradaba que yo la escuchara con esa atención de pájaro alerta que reconoce, por primera vez, el silbido de los suyos. A la primera noche, como debe ser, siguieron otras y nos reuníamos por una suerte de pacto tácito, yo encadenado ya a esa narración que ella, sorprendentemente, había elegido. En ese corredor fresco, de tan buen olor a maderas del trópico, descubrí —¿cómo lo diré!— la pasión del relato. La revelación de algo impalpable y definitivo, una especie para mí de música nueva: el ritmo narrativo. Esto fue, más allá de la materia específica de las historias, lo que heredé de esas horas de remota lectura. Creo, sin exagerar, que entonces fue cuando descubrí no la prosa, no la imaginación como un ingrediente de la vida, no la poesía, sino la literatura a secas bajo la forma de un cuento interminable, de una secuencia rítmica que atrapa el oído y también el corazón. Por qué suceden cosas así es una cuestión que no pretendo resolver. ¿Para qué, por otra parte? A todos nos hace bien pensar que en nuestras vidas hay escenas esenciales. Me hace gracia advertir que eso ocurrió por intermedio de una traducción posiblemente muy derivada del original, en una reducida selección tal vez pirata de la obra prodigiosa. Aunque me alarma recordar que apenas unos años después, en una geografía y clima diferente, durante un invierno de Buenos Aires, en la cama, aquejado de una otitis aguda, me regalaron otra traducción clave. Ya no de Oriente, esta vez en los alrededores de uno de los ríos literarios americanos, las aventuras —ya lo habrán adivinado— de Tom Sawyer y Huckleberry Finn. De nuevo un estallido silencioso e íntimo. De nuevo, sí, el paladeo del ritmo narrativo, de nuevo la deliciosa sensación de entregarse a la marea del relato. Pero en esa ocasión también percibí otras cosas: ese raro poder de que un libro adivinara lo que pensaban esos dos muchachos. En segundo lugar, el entusiasmo asombrado

de identificarme con ellos. O sea, la alquimia de que el escritor al adivinarlos a ellos me adivinara a mí. ¿Cómo era posible que al describir a Tom y Huck me describiera a mí? ¿Cómo sabía Mark Twain lo que yo pensaba o podría pensar? Dejaba de leer y me invadía una emoción intermedia de gozo y perplejidad. Es natural que fuera así. Había yo tocado un secreto de la literatura y un enigma epistemológico. Lo que sí tenía claro es que ya nunca estaría solo. Como si hubiera descubierto una comunidad humana más allá de las épocas históricas y de los paisajes distintos. ¿Qué otro regalo, me pregunto, puede competir con éste, con el de saber que nos entendemos con personas tan diferentes? Yo pienso, ahora, que me había asomado a una verdad en la que aún creo: la literatura como el gran lenguaje subterráneo de la humanidad. La literatura como una conversación de todos, la que pulveriza, la que disuelve la extranjería. O si prefieren: la que muestra la universalidad de la experiencia. Por otra parte, si no la hubiese, sería imposible la literatura. Y al mismo tiempo —¡vaya maravilla!— nos enseña los tonos particularísimos de un habla, vive de esos detalles únicos, los ojos de Helena, la sorpresa interminable de la víctima, aquellos párpados que vio López Velarde, las manchas en la radiografía de Hans Castorp, los eructos de Bloom, la inmovilidad absorta de Irene Funes, el sauce de cristal de Octavio Paz.

No se vayan, por favor, les pido que pasemos ahora a una clase del penúltimo año de bachillerato. Es un colegio de jesuitas, pero de aquellos duros y mundanos, ramas de la Contrarreforma, disciplinarios y diplomáticos. La lección de ese día la impartía un sacerdote que tenía fama de filósofo y de buen matemático. Tal vez por eso, porque le fastidiaba, nos había dado, antes, un atroz curso de álgebra que me dejó atarantado como si hubiese bebido un mal vino. Me llamaba la atención su nombre, que tenía ecos de prestigio antiguo: Honorio. El apellido lo callaré, quizá por astucia jesuítica. Pues bien, de boca del padre Honorio escuché mis primeras clases de filosofía. Lo sabemos, no siempre hay fortuna, les aseguro que a mí también me hubiera gustado que fuera Bertrand Russell. El padre Honorio —¡que lástima!— era confuso, impaciente, hablaba con desgano, pronunciaba de un modo curiosamente asiático, como si hubiese pasado treinta años de misionero en las Islas Marquesas. La filosofía se presentaba además con una de sus peores caras, disfrazada de Apologética, esa disciplina —nunca mejor el término— encargada de decapitar al contrario. Dos veces a la semana, en efecto, rodaban las cabezas: la de Voltaire —el infame, el enemigo personal de la Orden—, la de Kant, otro ilustrado, la de Bergson, ese dudoso francés que apelaba a una irracional fuerza de la vida. El pensamiento moderno de Occidente (el resto, idólatras balbuceantes) era una equivocación monumental. Entiendo que de esa carnicería me protegeron no otras ideas, sino la ignorancia

y la indiferencia religiosa. La primera impedía que hicieran mella las supuestas objeciones, puesto que jamás me enteré de lo que en realidad pensaban los condenados a muerte teórica. La segunda, producida más por agotamiento psicológico que por una crisis de creencias, eliminaba cualquier fervor partidista. Sin que sea necesario contar toda la historia, me parece, sin embargo, que debo aclarar algo. Mi vida de niño católico había sido sumamente tibia. Si no cuestionaba los misterios y dogmas, de todos modos me sustentaban los supuestos religiosos. Forma de vida más que lucidez de verdades asumidas. La práctica era rutinaria: misas, confesiones, sacramentos y otras muchas variedades. Participaba en forma un poco sonámbula, pero allí estaba yo en la cola de alumnos frente al altar, poniendo cara de santo, pues sabía que nuestro Prefecto nos observaba con ojos fríos, uno a uno. Leía algunos de los libros recomendados, sobre todo los que narraban hazañas en tierra de infielos, más por las aventuras que por la exaltación de la tarea evangélica. La Iglesia Romana convertida en Salgari. También fui padrino de varios niños chinos y africanos. El privilegio costaba unos cuantos pesos y así mi nombre aparecía en un "termómetro" —dibujado en un amplio cartón— junto a las rayas de la temperatura. Eso me gustaba, era un lazo imaginario con regiones desconocidas y aún hoy fantaseo con la posibilidad de encontrarme con algún ahijado. Todo seguía así, a media tinta religiosa, hasta que asistí a los primeros ejercicios espirituales, episodio narrado magistralmente en la literatura del siglo. Sólo diré, para no acercarme siquiera a la voz mayor, que nos recluían por cinco días en una hermosa casa de grandes jardines, cada uno en un cuartito y con la prohibición de hablar entre nosotros. Al principio me excitó la situación, como si estuviera en el umbral de un sabroso secreto. Pero al atardecer del tercer día, el padre Furlong —irlandés aficionado al rapé— me ordenó que me confesara con él. Supuse que sería lo de siempre, un rápido paseo alrededor de mis recientes debilidades, alguna pregunta abstracta del confesor y una que otra duda propuesta por mí para hacerme el interesante. Furlong apenas me dejó hablar, a la primera o segunda frase susurró rabioso que me dejara de imbecilidades y comenzó a interrogarme con una horrorosa precisión. Ninguna respuesta le parecía satisfactoria, que le describiera la escena, que no me saltara ningún detalle. ¿Qué había pensado, qué asociaciones me habían venido a la cabeza, eran acaso frecuentes, qué me atraía de aquel amigo, por qué conversábamos tanto? Si los tenía, ¿cómo eran mis sueños eróticos, se repetían? ¿Me daba o no me daba cuenta de la suciedad —palabra preferida de Furlong— en la que vivía? ¿No aspiraba yo a la pureza, al cuerpo limpio, intocado? Allí es cuando me permitía un respiro, cuando se perdía en la enumeración, en la recreación de imágenes blancas, inmacu-

ladas, colores claros, corderos, nubes. Visiones que lo conmovían y precipitaban esa extraña elocuencia que lo ponía casi al borde del llanto. Era la suya una combinación de paraíso infantil y de minucioso interrogador: un policía del cielo. Con esa y otras muchas confesiones encendió —aunque ya estuviera latente— el circuito obsesivo. Ya no tuve paz: mis actos y mis pensamientos se volvieron un mar de dudas, de callejones sin salida, nada era lo que parecía, todo nacía con su signo contrario. En la cara del ángel veía al demonio, el cual se transformaba en las facciones niñas de una virgen. Uso similares de la tradición católica, aunque en verdad esos infiernos personales aparecen igualmente en los laberintos familiares, por laicos que sean, en las burocracias intolerantes y en los contextos políticos persecutorios. Es como si el lenguaje perdiera la mínima univocidad que lo sostiene, como si nos robaran las acepciones aceptadas. No sabemos si el pan es trigo o es el cuerpo de Jesucristo o es un puñal que nos ponen en la mano. El mundo se esfuma y nos autodevoramos en unos simulacros de análisis y razonamientos. Quedan los rituales privados para alejar la angustia y alcanzar un descanso precario. Son, sin embargo, agotadores, ceremonias solipsistas que pierden paulatinamente eficacia, nunca ganan la batalla y más bien fomentan la multiplicación de las vboras. Llegó un momento en que sencillamente no podía respirar. Ninguna, pues, crisis de ideas, ninguna conclusión acerca de la invalidez de las pruebas sobre la existencia de Dios o la aceptación de alguna tesis materialista, según se decía en aquella época. Mis etapas religiosas fueron, entonces, de tibieza sonriente y de opresión. Cuando reflexiono sobre esos años me doy cuenta de que allí se hizo clara una todavía persistente desconfianza ontológica y una insuperable distancia entre el actor y su acto, el hueco en el que, si hay suerte, se produce la ironía. La sospecha, nunca vencida, de que quizá hoy, en este mismo instante en que entro al cuarto, las lámparas no se encenderán.

En esa condición estaba yo en las clases del padre Honorio, el cual, en su lengua trabada, mencionó términos que de alguna manera despertaron mi interés. Por ejemplo, "a priori", "predicables", "deducción", "inferencia", "analogía entis", "categorías", "validez", y seguramente otros más, las divinas palabras de la filosofía que, en esas mañanas de cháchara apologetica, se hacían oír como el grito perdido de una cautiva. Un día me acerqué a Honorio para pedirle alguna lectura adicional. Me miró con una enorme suspicacia, como si fuera a gastarle una desagradable broma y ante mi insistencia machacona a regañadientes metió la mano en el interior de su linda sotana de seda y sacó una libreta de papel cuadriculado en la que garabateó el nombre de un libro. Se trataba, lo reconozco, de un estupendo manual, más que eso seguramente, de lógica escolástica.

"La Ciencia de la Lógica" era su complaciente título y el autor se llamaba Coffey, un irlandés —¡caramba, otro irlandés!— discípulo del Cardenal Mercier. Lo busqué en la biblioteca y empecé a descifrarlo con mi inglés indéciso. Un texto, en su ámbito, francamente bueno, de juego honrado y abierto, que no roza la lógica moderna aunque se refería a otros lógicos no confesionales de principios de siglo. En esas páginas se inició una de las pasiones dominantes de mi vida. Esa ficha bibliográfica, me digo, redime al padre Honorio y para hacerlo más atractivo en ocasiones pienso que lo inquietaba una vena, una pizca de incredulidad. Pero esto es una fantasía mía que él, por supuesto, no me perdonaría jamás. ¿Qué me dejaron esa lectura y esas clases? Lo que menos les hubiera gustado, estoy convencido, a los pedagogos de la Compañía de Jesús: un hondo desinterés por los sistemas de creencias y un interés, casi exclusivo, por los instrumentos conceptuales. Esta separación —o fractura— en rigor nunca la he superado y ha sido la causa de mi indiferencia frente a muchos problemas filosóficos. Es lo que me ha conducido, no puede ser de otro modo, a ulteriores elecciones y preferencias.

No es fácil encontrar la tradición que nos conviene. Aquella que se ajusta a nuestros gustos y facilidades. La familia intelectual que comparte afinidades y aversiones, temas, estilos, mañas. A veces es necesario hacer largos rodeos y transitar por territorios ajenos. En el mundo hispanoamericano esto es aún más cierto porque no hemos vivido en culturas filosóficas propias,



asentadas y, por consiguiente, las generaciones y grupos han debido elegir, a veces sin antecedentes previos, no sólo este o aquel problema, sino la cultura filosófica en la que discurre. La tradición, justamente. Si alguien envidiara esta situación adánica, yo le recordaría el esfuerzo que supone la continua adaptación, el tiempo que lleva acostumbrarse al nue-

vo aire, la soledad teórica y el peligro de un didacticismo elemental. Pues bien, yo me formé profesionalmente en un clima filosófico que ahora me es extraño, aunque tal vez ya todos lo sean. Fenomenología y Existencialismo eran las corrientes con mayor fuerza. Contábamos en español con textos fundamentales, frutos de aquel maravilloso esfuerzo de europeización que se inició en España bajo la dirección de Ortega: las *Investigaciones lógicas*, el primer tomo de *Las ideas* y las *Meditaciones cartesianas* de Husserl y, además, nada menos que con la traducción de *Ser y tiempo* de Heidegger, todos ellos traducidos por la mano benemérita de José Gaos, un hombre heroico cuya importancia entre nosotros es absolutamente decisiva. No sólo por ese trabajo inmenso de traslado, de fecundación de una cultura con otras, de incorporación de voces nuevas —que es el sentido profundo de la traducción—, sino por su pedagogía rigurosa —una cruz de elocuencia y erudición— y, claro está, —¡qué mezquino sería no reconocerlo!— por su creatividad filosófica, sostenida contra viento y marea, quiero decir, a pesar de las rugosidades de una vida que no fue nada complaciente. La fenomenología en su versión austera nunca me tocó aunque disfruté alguno de aquellos derivados que eran las descripciones fenomenológicas, una práctica que cuando conjugaba la pluma suelta y cierta imaginación literaria producía páginas chispeantes. Es justamente esa posibilidad la que movió a Sartre a leer a Husserl, según cuenta Raymond Aron, al informarle éste que había una filosofía que permitía hablar de ese vaso de cerveza que tenían enfrente. Heidegger me influyó más. Sin embargo sentía que había allí dos planos: uno el de la descripción y categorización de la existencia humana —el existencialismo que se convirtió en una visión de mundo más o menos popular— y otro que incidía y extraía su fuerza de la ontología y de la metafísica clásicas. Sartre cultivó el primero, Heidegger se interesaba más por el segundo y continuó moviéndose en él. Me dí cuenta de que yo necesitaba estudiar con mayor ahínco justamente ese territorio. En México, lo digo de pasada, el existencialismo no derivó hacia la metafísica. También leí la *Lógica Grande* de Hegel y escribí un libro sobre esos asuntos. Me asombro ante ese acto, pero también confieso que lo retiré de la imprenta después de haber corregido galeras. Quizá en una madrugada helada entreví su incorregible confusión. Fui a Freiburg y obtuve el consentimiento —uso la palabra porque había que atravesar varias antecámaras— de asistir a un seminario privado de Martin Heidegger que él impartía entre las aulas universitarias y una cabaña en Todnauberg, aldea perdida en el corazón de la Selva Negra. Es posible que un día cuente esto con puntualidad de cronista. Por el momento apenas quiero recobrar su exclamación al informarle que la traducción de *Ser y Tiempo* alcanzaba los dos mil ejemplares. Me miró con fijeza y sólo dijo: Ko-

lossal. Sin excesiva infidelidad podría afirmar que Heidegger me devolvió a los temas de Coffey, el olvidado manual de mi adolescencia. Me sumergí en Juan de Santo Tomás, en Occam, en Cayetano y algo de Tomás de Aquino. El primer curso que di en la Facultad de México fue acerca de estos problemas y, en particular, sobre la *analogía entis*, pero, insisto, sin afanes o motivaciones religiosas. Se entenderá, entonces, lo natural que fue el deslizamiento hacia la lógica —en realidad lógica filosófica— y la filosofía del lenguaje modernas. Se comprenderá mi entusiasmo cuando encontré a Russell, a Frege y luego a un riquísimo conjunto de autores y libros. ¿Que hice entonces? Las maletas y me fui a Oxford. Un viaje que marcó la vida. Allí me guió Gilbert Ryle. Necesitaría largas páginas para retratarlo cumplidamente. Únicamente recordaré su elegancia física, compuesta de precisión de formas y de un atractivo descuido colegial y, por supuesto, recordaré su extraordinario estilo literario. Una prosa de gran velocidad, un hilo tenso que no tolera palabras muertas o esas aburridas lagunas didácticas, una prosa de navaja, maestra en ejemplos, imágenes y sorpresas. Prosa a la vez sentenciosa y ligera, con un fondo de refrescante humor. La guardo siempre conmigo, más tal vez que sus tesis filosóficas. La casa conceptual la encontré allí, en los cuadrángulos oxonienses, en las lecturas sucesivas de Austin y de Wittgenstein, el exasperante Wittgenstein, el filósofo esencial del siglo, cuyos textos rondé con perplejidad y estupor, un ejercicio que me dejó, lo digo sin patetismos, exhausto. ¿Por qué, me pregunto, me sentía en casa? En ese nuevo mundo filosófico creí hallar la justificación de mi incomodidad ante la manera de plantear determinados problemas de la tradición. Por ejemplo, ciertas dicotomías entre idealismo y realismo, platonismo o aristotelismo. Por supuesto que esas posiciones encarnaban aporías y temas auténticos, pero me parecía que era necesario filtrarlos y renovarlos a través de la lógica y el lenguaje. Hablo del giro lingüístico que dio la filosofía ya en el siglo XIX. Se cristalizó así una idea de la filosofía como una actividad que en todo caso produce conocimientos acerca del lenguaje, la lógica y, en general, sobre nuestro aparato conceptual y que, a la vez, es un instrumento crítico y ordenador de otras áreas del conocimiento empírico. Esta visión —que formulé con tanta simpleza— se acomodaba a mi temperamento como un guante a la medida. Porque a mí nunca me afectó, pongamos por caso, el problema teórico de la existencia o no del mundo externo en el sentido de que una teoría fuera a convenirme de su presencia. Siempre supe con fe de carbonero que estaba allí. Lo que desde luego me importaba eran los argumentos para afirmarlo o negarlo. Sospecho que esta actitud es en el fondo la normal en filosofía, aunque reconozco que hay algunos practicantes que hacen espavientos como si de sus tesis dependiera creer

o no y así convierten un lío conceptual en una representación dramática. Confesé que la mía era una fe de carbonero. Lo cual es una manera rápida y epistemológicamente débil de decir que no tenía duda alguna sobre la realidad externa. La realidad, por el contrario, me agobiaba, me enloquecía, era un animal que debía apartar en una operación de alta magia. Dudar de ella hubiese ido contra los datos inmediatos de mi existencia. En esa filosofía, la vasta constelación de la filosofía analítica, encontré características que me atrajeron profundamente. El juego limpio, o sea, todas las piezas en el tablero, la dura exigencia de la argumentación que no admite ni razones de autoridad, ni prestigiosos trucos ideológicos, ni la intervención de neblinosas concepciones de mundo. Una actitud, lo admito sin reticencias, que a veces pecaba de ingenua y descuidaba importantes cuestiones. Es verdad, pero también es verdad que sin ella la filosofía se convierte en un barullo insoportable. La práctica filosófica favorece la obsesión y, sin embargo, qué placer produce desarmar, poco a poco, una telaraña conceptual, qué placer dominar lentamente una teoría complicada, entender —¡ya no digamos inventar!— un razonamiento válido y no trivial. La intensa satisfacción de desmontar una tesis, tal vez venerable, y dejarla reducida a sus huesos lógicos y lingüísticos. Allí estaba el atractivo: hacer filosofía sin arrastrar concepciones de mundo, políticas o religiosas. El precio era, me doy bien cuenta, quedarse filosóficamente algo mudo ante una multiplicidad de asuntos. La situación ha cambiado y la filosofía analítica es ahora más rica y robusta. Le agradezco a la filosofía ese hedonismo de la inteligencia y la oportunidad de asomarme a auténticas hazañas imaginativas. No olvido —¡faltaba más!— que me brindó la ocasión de discutir descarnadamente con alumnos y amigos, quienes frecuentemente me pusieron sin contemplaciones en mi lugar. Quizá allí me convencí de que una mala argumentación es, aunque duela, sencillamente una mala argumentación.

¿Y la literatura? Ha sido, más que la filosofía, mi santo y seña para mezclarme con la realidad. La literatura me ha dado la gramática básica para estar en el mundo. Aquí sería bueno hacer un distinguo. La literatura como un conjunto de obras y la literatura como una disposición humana. Por un lado los libros y los cuentos orales y, por otro, la inclinación a convertir la experiencia en una suerte de narración continua, como si todo lo que me pasara fuera una historia, un cuento, a veces redondo, a veces inacabado, pero siempre bajo la forma narrativa. Yo era ese muchacho que llamamos "cuentero", aquel que no puede dejar de hilvanar los hechos con un ritmo de relato. En ocasiones divertido y en otras exasperante. Con lo cual quiero decir que esa disposición, cuya explicación eludo, nos coloca en la literatura aunque no hayamos escrito ni un renglón.

Luego, si hay buen destino, vendrán los aprendizajes de la artesanía. En efecto, yo he sido por largos años un escritor oral y un lector más o menos dedicado. Lo que no debe entenderse, por supuesto, como si nunca escribiera nada. Ya he contado en otro sitio que el ambiguo padre Furlong me obligaba a redactar unos textos sobre temas cuasi abstractos —una llave, una silla, un sombrero— y cómo el jesuita bravo los corregía con su violento lápiz rojo. Viví, pues, en la literatura, en constante disposición literaria, aún cuando fuese casi virgen de publicaciones. Ahora bien, la relación con la literatura está marcada por una situación esencial: la extranjería. Aunque no exclusivamente, también una peculiar extranjería lingüística. La literatura se escribe o se crea desde lenguajes específicos y cada uno de ellos ofrece un repertorio retórico con el que tenemos que luchar. Pero antes del momento literario cada escritor se mueve en una lengua que lo rodea en su cotidianidad. Esos sonidos, palabras, giros, dichos, tonos, imágenes, asociaciones, son el magma desde el que se decanta la escritura. Es un hecho fundamental. Por eso quiero evocar cuál fue mi situación particular. Nací entre dos idiomas, el italiano y el castellano. El italiano era la lengua de mi padre, ciudadano de Florencia, y el español la de mi madre, una caraqueña con muchas visas en el pasaporte. Mi padre, naturalmente, me hablaba en italiano y mi madre en los dos: en la intimidad me cuchicheaba en castellano y en público en italiano. Se mezclaban un poco los dos, pero predominaba la lengua de Florencia, el lugar de mi nacimiento y de nuestra vida de entonces. La primera educación fue en italiano y, lo que es más significativo, en italiano charlaba con mi hermano, con los compañeros y, en una edad temprana, con una imborrable mujer —suerte de niñera—, mi interlocutora mayor, desaparecida en la segunda guerra en un campo de trabajo alemán, una de esas mujeres toscanas de origen campesino que hablan con una viveza y propiedad maravillosas, las verdaderas dueñas de la lengua. El español estaba, pues, circunscrito a una práctica de alcoba y al trato con mis parientes maternos en sus frecuentes visitas y durante algunas vacaciones que pasé en Venezuela, la lejana Venezuela, que alcanzábamos en prolongados viajes de mar. En esas temporadas de trópico suave me empapaba de un castellano cruzado de andalucismos, tono canario y ecos africanos, herencia que, por supuesto, todavía guardo. Sin embargo, el italiano predominaba y recuerdo la molestia que padecí en una escuela, a la hora de comer, por no verme a la cabeza la palabra "cucharita" —que me faltaba para el postre— y el grito, en realidad alarido, con que la pronuncié cuando al fin apareció: ¡cucharita! Fue como mi primer examen de castellano. (Entre paréntesis agrego cuánto me sorprendí al enterarme, en un texto suyo, de que Octavio Paz había pasado por una situación semejante. Natural-

mente, considero la coincidencia de buena suerte.) Más tarde —aunque no mucho más—, ya en Roma, asistí a un colegio mixto de idiomas dirigido por unas monjas españolas. Allí tuve un encuentro sintáctico con el español. No pienso en las espesas páginas del padre Coloma que me dictaba una de ellas en las horas inmóviles de la siesta. Sino en una mañana en que, durante el recreo, varios niños y yo nos peleábamos en el baño por ver quién —seré púdico— se aliviaba primero. De pronto apareció la bella y terrible Madre Juana, la directora. Me tomó por un brazo y con un rostro severo —y cada vez más hermoso— me dijo silabeando despacio: "¿sabes cómo se llama el que hace eso? Se llama un sinvergüenza". Me produjo un curioso efecto. En lugar de reflexionar sobre el acto supuestamente reprensible, entré en un estado de contemplación lingüística, asombrado de que la palabra que hasta entonces había entendido en bloque como una sola, en realidad se compusiera de dos y significara no tener vergüenza, sin-vergüenza. Una inesperada lección de filología que sirvió de alerta idiomática. Lentamente, de manera lateral, me fui colando en el español. Siguió, en plena guerra, un tránsito por Sevilla y, después, el viaje definitivo a Hispanoamérica, el que trae el asentamiento en el idioma y el inicio de una extranjería permanente. Creo que la paulatina distancia, en este caso de la lengua paterna, propició una carencia de la que siempre me he dolido: una incapacidad para escribir poesía en español. En el intercambio de lenguas perdí algo que, entreveo, es esencial. Claro, a lo mejor esta es una excusa honorable para disfrazar una limitación congénita. Tal vez, pero ocurre que en italiano tengo mayor facilidad —aunque la ejerzo rarísima vez—, digamos, para versificar y entonces me planteo si no habrá alguna razón más allá de los defectos personales. Sin generalizar demasiado y sin ahuecar la voz me parece que en el idioma de la infancia se aprende el ritmo y la cadencia que el poeta natural utilizará más tarde. También se adquiere el tono y el tejido de asociaciones de palabras y sonidos. En la lengua primera se da ese milagro difícil de explicar que es "la palabra viva". Aludo a ella —no soy capaz de definirla— como esa palabra palpitante que irrada una energía inagotable. Yo acudiría, para acercarme algo a ella, a la vaga distinción entre símbolo y representación. La palabra viva sería la que representa el sonido, el color, el peso, la masa de un objeto, la que parece el único signo, la única palabra posible para nombrar, digamos, el "agua", la que nos muestra esa cualidad cristalina, ese ruido de líquido en movimiento. Con la palabra viva estamos a la menor distancia posible del mundo y de nuestra memoria del mundo. Con el símbolo se pierde esa inmediatez, esa aura, es lo que sucede cuando hablamos un idioma extranjero, sabemos que ese fonema significa "pan", pero sentimos que es un intermediario un poco

mezquino y exangüe. Intuyo que la habilidad poética se nutre de ese fondo original. Lo cual lleva a preguntarme qué sucede cuando escribo en castellano una escena que pasó en italiano, es decir, cuando recuerdo en español lo que viví en italiano. Quizá el lector no lo advierta, pero sí el que escribe. Si, por ejemplo, yo escribo *Stamattina ho visto a Eva. S'avvicinó e mi domandó: Che fai bello? Era come la padrona della spiaggia* y después redacto en español aquel instante del antiguo verano y digo: "Esta mañana vi a Eva. Se acercó y me preguntó: ¿que pasó, guapo? Era como la dueña de la playa" —¿no hay cambio alguno? No me refiero a los problemas normales de traducción de un idioma a otro, sino a cuál de las dos versiones expresa mejor aquel recuerdo, aquella emoción. ¿Cuál sería el idioma ideal para describirla? Si tuviese que elegir ¿cuál de los dos sería, según mi gusto, el más adecuado? ¿Se me queda algo en el tintero si lo hago en español? ¿Es una ilusión esa lejanía que siento, esa como falta de corporeidad? ¿Es una ilusión la debilidad asociativa que percibo, como si no recogiera las múltiples conexiones de la escena, como si fueran palabras sin memoria? ¿Qué hace allí la palabra "guapo", más desafiante, menos sensual y que endurece así la expresión "Che fai bello"? Pero ¿no tengo acaso acceso a ese recuerdo de una manera directa tal que pueda recobrarlo en cualquier idioma con la misma densidad emotiva? Sospecho que no. Sospecho que esos recuerdos y esas emociones están escritos en un idioma particular. Si fuese de este modo, yo estaría obligado, al escribir sobre ciertas zonas del pasado, a una continua transacción entre el lenguaje del recuerdo y el otro, que me impone sus ritmos y correspondencias. No es una situación dramática, es simplemente un problema estilístico, uno entre tantos.

También era un acertijo estilístico el que me planteaban los cambios geográficos y la extranjería. Pienso en la ausencia de un lenguaje de la calle que fuera específicamente mío, en la carencia de ese arco que va de la lengua del patio y de la cuadra pendenciera a la literatura. ¿Cuál hubiese podido ser? ¿El de Florencia, el de Buenos Aires, el de Caracas? Cuando bajé en un avión a la Ciudad de México, año 1951, era ya tarde. La vida tiene sus tiempos. Por eso, por todo eso, tal vez, la preferencia por las prosas tersas y deliberadas, por el metalenguaje, por las parodias, por las narraciones increíbles, las que tantean, como un bastón de ciego, la realidad, las que construyen el cuento de la vida como una incertidumbre y una adivinanza. ¿Y no es eso una especie de "investigación lógica" de las razones para afirmar esto o aquello? Aquí, precisamente aquí, está el punto de intersección de la filosofía con la literatura. No en la presentación aparentemente literaria de opi-

niones filosóficas, no en una prosa coqueta hinchada de tesis pretenciosas, ni tampoco en la utilización didáctica de recursos literarios. No, el punto de intersección se da en la técnica narrativa, la cual supone una suerte de actitud epistemológicamente semejante frente a la literatura y a la filosofía. ¿Es extraño, entonces, que un viejo aficionado a la filosofía analítica se incline por esta literatura? O lo contrario: ¿no es natural que quien en su adolescencia se deslumbró con la prosa de Borges se sintiera atraído por aquellos manuales de lógica escolástica y luego, con el correr de los años, por las preguntas de Wittgenstein?

El día de hoy he puesto sobre la mesa mis cartas credenciales. He intentado, en efecto, dibujarles el mapa de mis curiosidades intelectuales y darles así una idea de cuál podría ser el horizonte de la actividad futura en El Colegio Nacional. Inicio esta noche un nuevo viaje, tal vez con una brújula no muy precisa —nunca he contado con aparatos de gran exactitud—, pero sí con esas ganas mañaneras de caminar a paso rápido. A lo mejor encuentro algo entretenido: se lo avisaré de inmediato. ¿Qué más puedo decirles? Siempre es tarde para los dilemas interesantes y las interrogaciones trágicas. Siempre se me escapan, quizá no sea mi vena. Ha llegado entonces la hora, no del olvido, más bien del adiós pasajero: los pájaros, me parece, se han dormido, los perros aúllan de melancolía, los hombres se miran en el espejo. Yo espero que este acto no sea una ilusión colectiva. Yo fervorosamente deseo que todos ustedes estén en verdad aquí, aunque es probable que yo sólo sea un espejismo de la buena voluntad de Ustedes.

Muchas gracias. *ab*

